

# La Palma.

## SEMANARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 24 DE ENERO DE 1841.

DE LA

### TRISTEZA EN LA IMAGINACION.

(Conclusion.)

Quando el cristianismo descendió sobre la tierra, y reveló al hombre grandes crímenes que espiar, grandes luchas que sostener, y grandes objetos que alcanzar, tomó un tono la literatura mas que nunca melancólico y sentido, como el del que gime sus miserias en un desierto, pero tierno y resignado, como el de quien vé brillar en su término un paraíso. Los primeros cristianos solo tuvieron un libro que no llamaremos aquí á exámen, pues es el libro de Dios, y solo Dios sabe por qué inspiró tan doloridos ayes á Job, tan humildes cantos á David, visiones tan aterradoras á Ezequiel. Pero sin embargo no podemos ménos de notar en la Biblia y en sus apóstoles primeros el carácter oriental: carácter que fué perdiéndose entre los fieles cuando el habla de los filósofos de Alejandría, ó de los oradores de Roma reemplazó á la de los pescadores de Judea; hasta que aquella literatura sin color, mitad oriental, mitad romana, cayó con la antigua civilizaci6n á impulso de los bárbaros que no conocian otra sino los cantos de sangre y el himno de los combates.

Seis siglos alménos de silencio y oscuridad

se necesitaron para que el cristianismo y la poesía hallasen una voz en aquellas nuevas naciones, que cantara las solemnidades de la iglesia, y el honor de los caballeros que morian por la cruz. Amargos y nebulosos eran en verdad aquellos dias; pero en vano el castillo feudal dominaba los yermos campos medroso y solitario, en vano las tinieblas reinaban en el entendimiento, la soledad en los palacios, el hambre y la esclavitud en las chozas, la matanza en los castillos; la poesía de aquella época no era cruelmente desconsoladora, porque su fe era ciega, su esperanza brillante, y la duda con su helada mano no apretaba los corazones. Solo en las trobas de amor que cantaban á sus damas aquellos errantes paladines se nota un no sé qué de melancólico y penetrante, que dista tanto de las muelles y afeminadas eróticas de otros siglos, como distaba del placer sensual y de goces harto fáciles y materiales aquel amor ideal y sublime en su exageracion que no encontraba sino vacío en la realidad, y que solo en los cielos podia satisfacerse.

Si en un artículo de esta clase hemos considerado mas bien los pueblos, las instituciones y los climas, que los autores ó los poemas, no lo estrañará el que reconozca como axioma que la literatura es la espresion de la sociedad, como la palabra lo es del pensamiento, y que los genios no reflejan comunmente sino el orden físico que les rodea. Acaso el proscrito Dante no abrió los senos de su infierno, sino para aterrar á sus enemigos; acaso Milton concibió

su celebrado *pandemonium* en aquellas asambleas revolucionarias en que Cromwell descollaba como Satanás con su estentórea voz y sus terribles miradas.

¡Cuánto peso de amargura no habrá caído pues sobre las almas, y revelado en los acentos de esta generacion que á la ruina de tantas instituciones y creencias ha sobrevivido, que tantas verdades ha desconocido, y conocido tantas miserias, y en una época en que los tronos y los altares han quedado vacíos, y en que el helado escalpelo del filósofo ha penetrado hasta el corazón de la sociedad! A este siglo que á falta de otro objeto se muerde á sí propio, y destruye con sarcasmos las ideas mismas que proclama para constituirse, ha prometido la poesía rejuvenecerle; y en verdad que si para rejuvenecer se necesita ántes destruir, la nueva escuela literaria ha satisfecho cumplidamente la primera parte de su mision.

No se crea que echemos ménos la literatura del último siglo, ya estéril y pueril, ya pomposa y afectadamente filosófica, como la literatura del imperio romano, y como todas las decrepitas literaturas que se acercan á su regeneracion. Apesar de las vanas pretensiones y del colorido casi siempre exagerado, amamos la moderna poesía, porque ha estendido á un inmenso círculo su dominio, porque habla al corazón del hombre; y cuando abre sus heridas, no nos causa mayor dolor su crueldad en rasgarlas, que sorpresa su acierto en descubrirlas.

Pero si conoce la enfermedad de este mundo indiferente, ¿qué símbolo es el que anuncia para restablecerle, y por el cual pide atención con tanto empeño? ¿Cómo vinimos á la tierra? inquires primeramente ¿adonde vamos? ¿cuál es nuestro destino? ¡Pregunta terrible por lo mismo que es tan importante, é ignorada hasta ahora, porque la duda no ocurría: verdad para cuyo descubrimiento ha apagado la razón orgullosamente la divina antorcha que podía iluminarla; y en cuya busca no ha palpado más que sombras, ni abrazado sino fantasmas, para sentarse despues en su ceguedad desconsolada y abatida!

Vuélvese despues á la sociedad para decirle: *no puedo pertenecerte, nada tengo contigo de comun.* Y estas acusaciones se aplauden sin embargo, porque en este siglo de individualidad y egoismo, cada cual separa su causa de la sociedad, y se reputa superior á ella con romper sus vínculos é insultarla. Cada cual se da en espectáculo á los demás, tachando de indiferente al mundo que no tiene tiempo ó voluntad de escucharle, cada cual tiene pretensiones de distinguirse de los otros, y de llamar sobre sí la atención, pretension que es el alma de muchas obras, y de las formas y del lenguaje mismo de la literatura moderna. Mas oh! y cuan pequeñas son á la luz de la razón misma todas estas dudas, y arrebatos, y lamentos, por mas que los colore la imaginacion, y el genio las recomiende, al lado de un suspiro exhalado ante Dios, ó de una lágrima enjugada á nuestros semejantes!

Una poesía que así aísla al individuo de los hombres y del Criador, que deslustra las verdades y afectos todos, y que hace vacilar los cimientos mismos del edificio que pretende coronar, no puede aspirar al nombre de regeneradora ó progresiva, y solo cabria dignamente en un pueblo que despertara por primera vez del ateísmo, ó que á él va descendiendo. Cuando su luz caliente templada en vez de abrasar, cuando invoque al cielo para el remedio que sus fuerzas no alcancen, solo entónces podrá sanar las heridas, que rasgó para cerrarlas.

Entretanto la juventud, orgullosa con el bello secreto de que nada hay real sino el dolor, se precipita por todos caminos sedienta de celebridad: cada cual cree sentir en su pecho un *volcan*; y no hay mozo imberbe que no quiera reproducir en su pobre ser los exaltados tipos de Verther ó de René. De aquí esa literatura sin verdad ni conviccion; de aquí virtudes y crímenes postizos; de aquí desórdenes estrepitosos; todo para desempeñar un papel en el gran drama, aunque sea el de víctima ó el de verdugo. De aquí esa muchedumbre de artistas y literatos cuya fatal vanidad y pretensiones no satisfechas los arrojan al sepulcro por la

puerta del suicidio prematuros y malogrados. Otros se burlarán de esta juventud; nosotros la compadecemos sinceramente.

Genios desconsoladores y harto célebres, ¿qué habeis hecho de tantos corazones juveniles, que fascinados por vuestros encantos seductores se precipitaron en la duda y desaliento, del cual acaso vosotros mismos os burlais? Estrechando el círculo de sus goces, y ensanchando monstruosamente el de sus deseos, habeis hecho pasar ante su vista mil orbes ideales, y de todo no le habeis dejado en sus manos sino un poco de materia. Despues de recorrer el camino de la vida, habeis vuelto atras para decirle que en su término no existia sino la nada, y que nada habiais llevado de él sino la indiferencia y el hastío; y no le habeis hablado sino de virtudes engañadas, de sueños desvanecidos, de afectos malogrados. Ah! seguro es en demasía que la juventud arrebatada consigo muchas ilusiones, que de las rosas que cogemos en el camino no quedan casi siempre sino espinas, y que un corazon muy tierno ó entusiasta es un don harto fatal de los cielos; pero á nadie acusemos mas que á nosotros si hemos pedido á los placeres, á la gloria, al amor por mas puro que sea lo que ellos no podian dar. Tal es la ley universal de la naturaleza aplicada al corazon humano, que lleva su castigo en la infraccion, ley por la que no puede apartarse del ser para quien fué formado, sin sentir desde luego el vacío, la ansiedad, el desconsuelo.

Pero en este vacío empiezan dos caminos muy opuestos, de los cuales el uno termina en el caos, y el otro en la inmortalidad; el uno lleva á la desesperacion y al suicidio, el otro al desprendimiento y á la resignacion. ¡Feliz el que no siente su alma enteramente llena en este mundo, el que desde alguna distancia tristemente mira á los hombres arrebatados por sus intereses y pasiones, aquel cuyo entendimiento suspira por mayor espacio y cuyo corazon tiene sed de mas amor! Aquella tristeza es la vida y la esperanza, aquella, sí, que es lo mas sublime del hombre, y con ella no es posible ni dudar ni maldecir. Oh! si alguna vez habeis

pensado bajo la estrellada obscuridad del cielo, ó al monótono ruido de las olas que se suceden, no será entónces ciertamente cuando os habeis vuelto contra Dios, y blasfemado de su providencia. Si alguna vez ha subido á vuestra alma cual aroma la memoria de los objetos que habeis amado, no habrá sido entónces cuando deseasteis que el sepulcro fuese un lecho en el cual no se despertara. En un tiempo en que la fuerza del alma se mide por el desórden de las pasiones, y en que la violencia se equivoca con la grandeza, se ignoran ó desconocen estos sentimientos humildes, estos afectos concentrados que fueran los únicos verdaderamente regeneradores. Un solo afecto de ternura y desprendimiento basta ya para reconciliarnos con la vida, y volvernos agradecidos con el Criador, y útiles á nuestros semejantes. «Cuando ligamos nuestra existencia á otro ser, dice el Sr. Lista, por el vínculo sagrado de la amistad, no hay ni motivo ni tiempo para fastidiarse, porque entónces tenemos que vivir con dos vidas.»

A los que pretendan por mas tiempo prolongar esta época de amargura y desaliento, y arrancarnos unas creencias ó sentimientos que debieran conservarnos, aun cuando fueran meras ilusiones, cualquiera sea por otra parte la riqueza de su genio y la brillantez de sus imágenes, podrán dirigirse con razon aquellos versos del mas distinguido de nuestros jóvenes poetas (el Sr. Zorrilla) que muchos de sus compañeros deberian tener presentes mas á menudo:

Vosotros sois el veneno  
De una vieja sociedad,  
Parodias de adversidad,  
Carcomas del bien ageno;  
Cieno de una alma viciada,  
Que vais mendigando un nombre  
Con que á los ojos del hombre  
Vestir de oro vuestra nada.  
.....  
El mundo os compreade, sí,  
Esa soñada amargura,  
Y deja vuestra locura  
Por haber tantas así.

## UN RECUERDO.

Fué un día semejante á este día  
 En que el sencillo pueblo de la aldea  
 Con la festiva danza se recrea ;  
 Entre el pueblo tambien estaba yo.  
 Allí la juventud en grupo hervia,  
 Allí el baile, las galas, el ruido....  
 A mis ojos empero y á mi oido,  
 Solo un semblante y una voz llegó.

Era el tuyo. ¿Te acuerdas, prenda hermosa,  
 Cuando en medio el tropel que nos cercaba  
 Yo tus dulces acentos escuchaba  
 Con sublime deliquio de placer?

¿Te acuerdas de aquel hora misteriosa,  
 Que ahuyentó de mi alma las angustias,  
 Y á mis mejillas pálidas y mustias  
 Hizo por breve espacio enrojecer?

Mi corazon yacia aletargado  
 De infortunio y tinieblas en un lecho :  
 Tu voz le despertó, y tembló en mi pecho  
 Cual de una estrella el suave resplandor.

Y entónces de indecible luz bañado  
 Cifóse una guirnalda de contentos,  
 Y al mágico poder de tus acentos  
 Despuntó las espinas del dolor.

Y miétras aquel éstasi inefable  
 No advirtió ni un vestigio de sus penas  
 Cual no se advierte en olas ya serenas  
 El rastro de pasada tempestad.

Un amor firme, herviente, incontrastable  
 Era su solo afecto, su existencia,  
 Amor tan puro como tu inocencia,  
 Amor tan tierno como tu beldad.

¿No te acuerdas que al lado tuyo estaba  
 Cual si al lado de un ángel estuviera  
 Contemplando tu rostro, cual si fuera  
 El semblante iumortal de un serafin?

Ufano en contemplarlo me arrobaba :

Nunca en mi vida cosa vi mas bella :  
 Ni fulgor oscilante de una estrella,  
 Ni de una rosa espléndido carmin.

Qué momento fué aquel ! Oh si tornára !  
 Una nube de aromas me envolvía :  
 Yo gozaba del cielo la armonia,  
 En mi sien daba flores el cipres.

Mayor dicha en la tierra no alcanzára,  
 Cubierto de laurel, de perlas y oro....  
 Solo para decirte, que te adoro,  
 Una diadema hollára con mis pies.

Y pasó con su luz y con su aroma  
 Aquel hora tan bella de mi vida,  
 Hundiéndose con otras confundida  
 Que llanto é hiel me dieron al pasar.

Asi entre la aspereza de una loma  
 Se pierde solitaria una azucena :  
 O desprendida perla entre la arena  
 Sepulta la resaca de la mar.

Y ha vuelto el dia en el que un año fijo  
 Estuvo el pensamiento de la aldea :  
 En que la juventud se gallardea  
 Ataviada á los ojos de su amor.

Y torna á rebullir el regocijo,  
 Y el plácido rumor de la armonía ;  
 Y no torna la dicha de aquel dia  
 Que sorprendiera á mi alma en su dolor.

Aquel hora celeste fué un aurora  
 A que cerrada noche precediera ;  
 Aurora sin un sol que la siguiera  
 Para dar vida al rayo de su luz.

Tornaron las tinieblas á deshora  
 En el fugaz albor de mi embeleso,  
 Y al creerme felice con esceso,  
 La sombra me envolvía en su capuz.

Oh ! ella vino cual vision del cielo,  
 Y cual vision tambien desaparecia  
 Aquel hora que hermanas no tenia,  
 Que en sus lindes cifró mi juventud.

¿Ser feliz los momentos de su vuelo,  
 Y ser para alargarlos impotente !

¡ Ver el astro nacer en su occidente!  
 ¡ Ver el gozo mecerse en su ataud!

Alménos un recuerdo siempre queda  
 Triste reflejo de perdida gloria,  
 Y entre tantos que punzan mi memoria  
 Está cual entre espinas pobre flor.

Mas aunque su ilusion tan mal remeda  
 Aquel sueño inefable de delicia,  
 Mi corazon, oh vírgen, la acaricia  
 Porque es la única herencia de mi amor.

*Setiembre de 1838.*

T. A.

## Crítica Dramática.

### TOROS Y CAÑAS

comedia de D. Tomas Rodriguez Rubi.

Estraños á las costumbres y vicios de la corte, no podemos juzgar del fin y utilidad moral de esta comedia, ni sabemos hasta que punto sea exacto el cuadro que nos traza el autor y saludable el escarmiento que de él pretende derivar. Un Baron loco por la tauromaquia, que tiene á toreros por convidados, que se dá en espectáculo como torero, y á quien una caída y algunos chichones bastan á curar de su plebeya pasion, he aquí el drama entero; pues los demas incidentes no son mas que episodios que en nada contribuyen á la accion, y los otros personajes podrán vivir con el señor Baron bajo un mismo techo, ó tener con él relaciones de parentesco, pero ninguna tienen con el drama. Así es que andan entre sí como descuadernadas las escenas, en las que los interlocutores parecen esperar á la puerta que salga otro para entrar; y no hay en los caracteres aquella viveza y variedad de tintes que se nota en un cuadro bien meditado y comprendido en su conjunto, viéndose reducidos los personajes á pintarse unos á otros, en vez de pintarse á sí mismos en sus acciones y palabras. El contraste entre las dos pupilas del baron, la

vivaracha Carolina y la sensible Clara, no es bastante animado y natural; D. Marcial ora codiciando un dote, ora filosofando contra el duelo, y siempre mas rústico que franco, no es tipo que reconocieran nuestros militares: el Vizconde es un muchacho de colegio, solo travieso en boca de su padre; el Conde un generoso de comedia; y el mismo Currillo carece de intriga y de otro objeto que el de animar la pieza con sus sales y dialecto andaluz, que con la gracia y verdad, que admiramos en alguna produccion suya inserta en el Semanario pintoresco, sabe manejar el Sr. Rodriguez Rubi. El carácter quizá mas bien delineado es el del honrado Bruno, á un tiempo regañon y afectuoso con su amo, sobre quien le dan tanta superioridad sus servicios y virtud; y consuelan los últimos versos en que el baron anuncia á un tiempo su vuelta á la felicidad doméstica y su gratitud al fiel mayordomo:

Bien, hijo de mis entrañas,  
 Mi Bruno, mi buen amigo;  
 Desde hoy solito contigo,  
 Y no mas toros ni cañas.

La versificacion, cuando no es, como frecuentemente por desgracia, débil y prosaica, es castiza y natural, y alabamos al autor por haber tenido presente en ella mas bien á Moratin y Breton, que á nuestros dramáticos del siglo xvii, que en nuestro concepto, solo en raros asuntos y por rarísimos escritores pueden imitarse. *Toros y Cañas* es una comedia que sin extremos de admiracion ó desagrado puede leerse con gusto, y lo que es mas apreciable, y ménos frecuente, sin peligro de la moral.

### LA CRUZ DE MALTA

traducido del frances por D. Gaspar Fernando Coll.

No diremos lo mismo que del anterior de este drama en el que no se halla la terrible animacion, y las profundas pinceladas de Dumas para recompensar la monotonía de crímenes y la repugnante perversidad de los personajes. El que ménos es allí apóstata y sacríle-

go: la cruz de Malta bajo la cual ha latido tanto valor y generosidad no fuera mas que un sambenito sino hubiera cubierto mas que pechos tan corrompidos y sanguinarios, como el que se presta en este drama á sus caballeros. Hay no pocas incongruencias en los caracteres y en las escenas, como aquella en que un herido viene á morir en el mismo salon del tribunal del gran Prior, y trás él su esposa para llorarle. Pues qué! nada se ha ganado con la caida de las aborrecidas unidades? y se tropieza asimismo con los inconvenientes de tiempo y de lugar? No falta sin embargo alguna bella situacion: tal es aquella en que el gran Prior vé al hijo de su culpable amor próximo á ligarse á aquellos votos que hicieron ántes su propio crimen y desgracia; y reconocemos talento en el autor frances para la trama y disposicion; talento puramente material, cuando no es capaz el alma de nobles creaciones, ni el corazon de sentimientos elevados.

La traduccion hecha por un paisano nuestro el Sr. Coll, nos ha parecido regular, y exenta de encomio como de culpa, si culpa no es ir á buscar allende los Pirineos, una pieza que debiera olvidarse aun cuando fuese original.

Q.

## *El Bandido.*

### I.

**L**a postrer cima que baña,  
 Con su dorado arrebol,  
 El globo ardiente del sol  
 Hundido en el mar de España,  
 Es la del erguido monte,  
 Que domina la isla entera,  
 Y cierra su cordillera  
 Del ocaso el horizonte.  
 Con su gigantesca sombra  
 Cubre entónces pobre aldea,  
 A cuya orilla serpea  
 Un arroyo en verde alfombra.  
 Arroyo que en dulce calma  
 Sus fértiles valles riega,  
 y cuando á su muerte llega  
 Besa los muros de Palma.

En una loma á raiz  
 De la orgullosa montaña  
 Sita estaba la cabaña  
 de una muger infeliz.

Viuda ya en su juventud  
 No lograba mas consuelo,  
 Que el de abrazar un hijuelo,  
 Flaco entónces de salud.

Sitio alegre el de su choza,  
 Puro ambiente la rodea,  
 Mas, ¿qué á los ojos recrea  
 Mientras el alma no goza?

¿Qué vale de allí mirar  
 Las tapizadas florestas,  
 Y de los cerros las crestas  
 Coronadas de pinar?

¿Los huertos, y las colinas  
 De algarrobos y olivares,  
 Y los bosques seculares  
 Do envejecen las encinas?

¿Qué vale ver el frutal  
 Que deshojan los otoños,  
 Los lentiscos y madroños  
 Con sus granos de coral;

Y á trechos la rota hilera  
 De álamos que balancean  
 Sus rizas copas, y olean  
 Del arroyo la ribera;

Si la infeliz á quien plugo  
 Dar el cielo tal chozuela,  
 Solo con sudor y vela  
 De pan adquiere un mendrugo?  
 Si cuando su hijo tiritaba,  
 Desnudos los pies y el pecho,  
 Para su hogar y su lecho  
 Paja y leña necesita?

Pobre madre, qué pesar!  
 Sin vecinos en un yermo,  
 Tener el hijuelo enfermo,  
 Y tenerle que dejar!

No llores, hijo querido,  
 Entre besos le decia,  
 No llores no, prenda mia,  
 Que me acaba tu gemido.

No soy yo tu buena madre?  
 No te calienta mi abrazo?  
 Que te falta en mi regazo  
 Sino el beso de tu padre?

Calla, espérame que vuelva,  
 Que yo para tu solaz  
 Voy á recoger un haz  
 Allí en la vecina selva.

Pobres somos, pero hijo  
 A los pobres Dios bendice:  
 Al que es rico, y es felice

El mundo ya le bendijo.  
Si te aqueja tu dolencia  
Por salud al cielo ruega,  
Que la Virgen nada niega  
Al clamor de la inocencia.

Fuese la madre enjugando  
El lloro de su pupila:  
Su faz estaba tranquila,  
Y estaba su alma penando.

Mi hijo apenas tiene lumbre  
Porque es poca nuestra leña,  
¡Y cuanta el rico desdeña  
Que se pierde en esta cumbre!

Porque de tanto pinar  
Como descubren mis ojos,  
Ni aun son míos los abrojos  
Para encender nuestro hogar?

## II.

Quedaba solo el muchacho  
En su desierta cabaña,  
Y un hombre de fiero aspecto  
Hacia el hogar se adelanta.  
Revuelta en sus hombros trae  
De burdo paño una capa,  
Porque es muy recio y muy frío  
El soplo de tramontana.  
Cubren sus robustas piernas  
Abotonadas polainas,  
Y para correr mas libre  
Abarcas de cuero calza.  
Es su vida de proscrito  
Insegura siempre y vaga  
Y en vez de baston le sirve  
Su carabina cargada.  
De su cruel fisonomía  
Acrece la repugnancia  
El color de sus cabellos,  
De sus cejas y su barba.  
Véanse las rojas melenas  
Bajo un sombrero de palma  
En esponjosos anillos  
Derramadas por su espalda;  
Y al sentarse junto al fuego  
Descubre hajo su capa,  
Ancho cinto de baqueta,  
Y el puño de un arma blanca.

Temblando de miedo y frío,  
El niño su vista clava  
En el huésped, que sus manos  
Restriega con mucha pausa,  
Y con desdeñoso acento,  
¿Qué tienes muchacho? esclama.  
=Ay! me siento acometido

De pegajosa cuartana.  
=Y quisieras curar pronto?  
=Mi buena madre me manda,  
Que á la Virgen lo suplique,  
Y le reze una plegaria.  
=Pues sopla aquí y te aseguro,  
Que no tendrás ya mañana.  
Dícele, y de entre sus piernas  
La carabina levanta.  
Desconocia el enfermo  
Lo que sus labios tocaban:  
Sopla, y no oye el estallido  
De aquel arma disparada.

Por la destrozada boca  
De sangre un arroyo salta:  
En el semblante del niño  
Crece una asquerosa mancha:  
Y el bandido lo contempla  
Con impasible mirada,  
Porque á sus ojos no ofende  
El color de sangre humana.  
Con la mirada impasible,  
Que en un gusano clavara  
Si por descuido le hubiese  
Magullado con su planta:  
La mirada que no esprime  
Un sentimiento en el alma:  
La de una hiena dormida  
Si sus párpados alzáran.

Y que era para el bandido  
De los humanos la raza?  
Para el hombre á quien los hombres  
Hermano suyo no llaman?  
Para el que entre ellos no cuenta  
Ni un amigo ni una amada,  
Ni de la muger se acuerda,  
Que en su seno le abrigara?  
Para el que no participa  
De sus festines y danzas,  
Ni cual ellos casa tiene,  
Ni cual ellos campo labra?  
Guarecido como fiera  
En cavernas solitarias,  
Las estrellas son su luz  
Su pabellon son las ramas.  
La vida de los peñascos  
Es la que su cuerpo alcanza:  
Tostarse con los estios,  
Helarse con las escarchas.  
Pero es de fiera la vida,  
Si vida es la de su alma  
Toda cubierta de un callo  
Mas duro que el de sus palmas.  
Bajo su costra de yelo

Cualquiera pasion se apaga,  
 Y sin rencor asesina,  
 Y sin amor tambien ama.  
 Ningun odio le enfurece,  
 Ninguna ambicion le embriaga,  
 Es atroz á sangre fria,  
 Es formidable en su calma,  
 Y ni aun en sus crueldades  
 De cruel aspira á la fama,  
 Ni de serlo se avergüenza,  
 Ni se engrie, ni se espanta.

Miéntras sus glaciales ojos.  
 Con estúpida mirada  
 Observan como la sangre  
 En las cenizas resbala;  
 El bandido se calienta  
 Tendiendo al fuego sus palmas:  
 Pero luego molestado  
 Del humo que se levanta,  
 Su carabina y su pipa  
 Con igual ánimo carga,  
 Y la una se echa en los hombros,  
 Y en la otra asienta una brasa,  
 Y en el crítico momento,  
 Que su partida prepara,  
 Entra la madre infelice,  
 De un haz de leña cargada.  
 Viendo al hombre, viendo al hijo,  
 Viendo sangre que chorraba,  
 Un grito proferir quiere  
 Un ;hijo de mis entrañas!  
 Empero el dolor, el susto,  
 Hielan sus tiernas palabras,  
 Y ántes de tocar el labio  
 Espiran en su garganta.  
 De repentino desmayo  
 Viene al suelo desplomada,  
 Al modo que cae un arco  
 Si una coluna le arrancan,  
 Y aquel que de hombre tenia  
 Solo estéril semejanza,  
 Por encima de su cuerpo  
 Siquier sin mirarlo pasa.

Cual es la pasion rabiosa,  
 Que levanta una borrasca,  
 En el seno ántes tranquilo  
 De aquella pobre aldeana?  
 Cuales son los pensamientos,  
 Que inquietos pásan, repasan,  
 Se aglomeran y se empujan  
 Bajo su frente turbada?  
 Que medita en su silencio?  
 Que demanda en sus plegarias?  
 Que pide á Dios ó á los hombres

Su corazon? La venganzá.  
 Oh! su brazo es de muger,  
 Es impotente su rabia,  
 Delante el feroz bandido  
 Los mas bravos se amilanan.

Quien será bastante osado  
 Para embestir cara á cara,  
 Al que ni el temor conoce,  
 Ni conoce la esperanza?  
 Al que las leyes proscriben  
 Y la sociedad rechaza,  
 Al que á entrambas desafía  
 Con su salvaje pujanza?  
 Está á precio de dinero  
 Su cabeza pregonada,  
 Pero el terror de su nombre  
 Es un yelmo que la guarda.  
 Medrosos los habitantes  
 De las vecinas comarcas  
 Lloran solo, y no se vengán  
 Si el bandido les ultraja.  
 Y humildes le obedecen  
 Y para llorar se agachan  
 Y si le odian cual tirano  
 Como á tirano le acatan.  
 Y él domina en los caminos  
 Y domina en las cabañas  
 Y hasta do llega su nombre  
 Su jurisdiccion abarca.  
 Un rebaño de carneros  
 Solo en una selva pasta  
 Y ese nombre tan temido  
 Es el mastin que lo guarda.

Quién será bastante astuto  
 Para armarle una acechanza?  
 Su carabina derriba  
 Al que su puñal no alcanza.  
 Su puñal que por do quiera  
 Cual talisman le acompaña:  
 Arma horrible que se afila  
 Con la sangre que le mancha.  
 Su puñal don del infierno,  
 Al que atribuye la fama  
 Un poder irresistible  
 Cuando su diestra lo agarra,  
 Y lo miran como prenda  
 De su diabólica alianza,  
 Sello de vida en el cuerpo  
 Sello de muerte en el alma.

(Se concluirá.)

PALMA DE MALLORCA.

\* Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.